

Un domingo en la sala de conciertos

“Mantén la cabeza bajo el agua y toca el violín”, dice un poema de Charles Bukowski, para dar consejos a un montón de jóvenes. Me pareció absurdo y no cobró sentido alguno, hasta que por primera vez lo vi.

En la sala de conciertos del Palacio de Bellas Artes, la Orquesta Sinfónica Nacional tocaría la sinfonía No. 9 de Antonín Dvořák. Me había prometido nunca más volver a un concierto dominical por la poca educación del público, niños obligados a comportarse, gente que pateaba el asiento, tose o cuchichea.

Una amiga compró los boletos en luneta, algo poco común para mi gusto. Prefiero ver a la orquesta desde lejos a fin de identificar cuando entra en acción cada instrumento. E19 era la butaca, en la quinta fila del lado derecho, muy cerca del escenario.

Todas las luces de la sala se encontraban encendidas. Desde mi lugar se podía ver el vitral debajo de la cúpula con motivos de las nueve musas, una hermosa vista acompañada por la afinación de los instrumentos de cuerda. Previo al inicio del concierto entró al escenario el director de Orquesta, quien presentó al primer violín. Se fueron apagando las luces y el público guardó silencio. Desde el inicio del concierto sus ojos y los míos hicieron contacto, solo un atril que sostenía las partituras se interponía entre nosotros.

En el primer movimiento un *adagio - allegro molto*, al escuchar su interpretación una melancolía con esperanza me embargó. Me percaté de que a su lado estaba otro violonchelista con peinado mohicano.

El *largo* se escuchaba, podía perderme en sus ojos de perro husky siberiano y sus cejas pobladas.

En el *scherzo*, cuando tocaba las cuerdas haciendo *pizzicatos*, imaginé que yo era su chelo y suavemente pellizcaba mis pezones mientras tomábamos un baño en tina.

En el último movimiento, frotaba las cuerdas con la intensidad de Jacqueline du Pré. Con cada nota que rozaba la cuerda, podía sentir cómo nuestras cabezas asentían al mismo tiempo.



Esperé a la salida del concierto en la parte posterior del recinto, como es costumbre de los fans, para pedir autógrafos de algunos miembros de la orquesta. Me acerqué al chelista de ojos husky para pedirselo. Una sonrisa no pudo evitar dibujarse, era tan solo un meritorio y nunca antes le habían esperado para solicitarle un autógrafo. Hicimos clic en seguida. Me regaló un volante para su próxima presentación como integrante de una banda de rock.

El chico del peinado punk era el baterista de la banda, tocaban *heavy metal* y rock alternativo. Desde aquella noche en el bar, después de platicar por horas, sentí que lo conocía de toda la vida. Por pequeñas y grandes coincidencias de la filosofía de vida, metas y deseos, terminamos teniendo un futuro juntos. Leyendo en silencio por largas horas, disfrutando la música en conciertos de nuestras bandas favoritas, acompañándonos en las giras de la orquesta o banda, escuchando música sin decir una palabra, pero sintiendo todo.



Una multitud de aplausos y ovaciones me hicieron regresar a aquel domingo en la sala de conciertos del Palacio de Bellas Artes. Sentí una tristeza profunda al darme cuenta de que todo había sido una ilusión. La estúpida ensoñación de la música me había jugado una mala pasada otra vez. Seguramente, el que viera mis ojos, fue un evento colateral al leer las partituras de la música.



Una mañana de domingo, un buen amigo me pidió lo sustituyera en un evento de la Orquesta Sinfónica Nacional. Iniciaba a medio día y no había violonchelista que conociera la música de Dvořák como yo.

Durante el concierto, no había iluminación alguna en la sala, a excepción de la luz cenital sobre el escenario y la luneta. Estando arriba del escenario, la vi dentro del público, un rayo luminoso caía sobre ella. Era una joven de extraña belleza, vestía un saco negro formal, y una playera blanca con el logo de Metallica.

Desde el *adagio* no podía dejar de ver su cara, sus ojos de media luna que eran expresiones suaves y dulces.

En el segundo movimiento, mojaba sus labios color durazno que invitaban a besarlos.

Durante el *scherzo*, la mirada nos provocaba, podía sentir su pasión, su cuerpo junto al mío.

Pero fue en el *allegro*, el último movimiento, cuando definitivamente sabía que estábamos sincronizados, sentía como movía su cuerpo conmigo, en cada nota, al frotar el arco sobre las cuerdas.

Quería salir a buscarla, pero se fue inmediatamente y nunca tuve oportunidad de saber quién era. A los pocos días me integré a la Filarmónica de los Ángeles por poco más de una década.



Los años pasaron. Mientras cruzaba la plazoleta de Bellas Artes, miré un cartel de enormes proporciones colgado en la entrada principal del Palacio. Este anunciaba el nuevo director de la Orquesta Sinfónica Nacional. Reconocí sus ojos, era aquel violonchelista del concierto dominical en Bellas Artes, con algunas canas y cabello corto. No pude evitar sentir nuevamente la aceleración en mi pecho y una sonrisa un tanto estúpida.

Chanel No. 5